

Concurso relatos breves “Mariluz Fernández” (2016)

1º premio (Categoría Iunior)

“INTERNET NO ES LO QUE PARECE, NI MUCHO MENOS”

Alejandro Álvarez Rubio

(3º ESO IES El Escorial)

Querido lector, si estás leyendo esto, probablemente esté muerto. Esta tan inusual introducción no es con el fin de asustarte ni mucho menos, lo único que pretendo es que, antes de continuar, seas consciente de en donde te estás metiendo. Debes saber que, una vez que hayas leído estas páginas, no podrás dar marcha atrás. Habrás entrado en un mundo donde nada es lo que parece, donde la falsedad y el engaño son predominantes, y donde todas las apariencias engañan. También he de advertirte que, desde el mismo momento en que tus ojos comiencen a recorrer estas páginas, tu vida estará en constante peligro. Por todo esto, y por muchas otras cosas, te aconsejo que, si piensas que esto es una broma, o si simplemente no quieres correr el riesgo de que no lo sea, cierras ahora mismo este archivo y te olvidas de él para siempre. Sin embargo, si decides proseguir con la lectura del mismo, haciendo caso omiso de mis advertencias, no me hago responsable de lo que pudiera pasarte por ello, y solo tú serás el culpable de tu perdición.

Si todavía no has dejado de leer al llegar a este punto, asumo que no te vas a dar por vencido tan fácilmente, y que no me queda otra que contarte mi peculiar historia pero, antes de nada, permíteme presentarme brevemente. Me llamo Ralph, y tengo quince años. Soy un chaval de tez clara, pelo castaño y ojos verdes, alto y delgado, de carácter frío y enigmático. Residía, junto con mi madre, en una pequeña casa de un diminuto pueblecito del estado de Florida, en Estados Unidos. Mi vida era, irremediablemente, bastante mediocre y aburrida hasta que, un desafortunado día, ocurrió lo que voy a contarte a continuación:

Todo empezó una cálida tarde de principios de primavera. Los árboles, antes desnudos y desteñidos, ya dejaban entrever tempranos brotes en algunas de sus ramas y, en la verde hierba, florecían lentamente las primeras margaritas, mostrando sus blancos pétalos al sol, el cual, radiante, se reflejaba en las cristalinas aguas de las fuentes del parque, arrancándoles destellos sin ton ni son. La suave brisa matutina traía consigo el dulce canto de los pájaros, acompañado de un fuerte olor a pan recién hecho, proveniente de la única panadería del pueblo. En resumen, todo indicaba que iba a ser un día perfecto para salir a la calle y jugar con los amigos, y el hecho de que era sábado, y que por lo tanto no había instituto, acentuaba esa sensación. Sin embargo, yo, como siempre, tenía otros planes para el fin de semana.

Mi madre, por temas de trabajo, se iba a ausentar tanto ese día como el siguiente, y yo había planeado quedarme encerrado en mi cuarto jugando a videojuegos online y vagando por internet durante todo ese periodo de tiempo. Así pues, mientras los demás niños disfrutaban del tan esperado buen tiempo jugando en la plaza, yo prefería deleitarme con los placeres que me ofrecían las redes, tales como ver videos en youtube o jugar a una gran variedad de juegos. Técnicamente, yo también estaba en la plaza, pues vivía en una de las casas adyacentes a ella, lo cual, he de decir, me resultaba muy molesto puesto que todo el alboroto que allí tenía lugar llegaba directamente hasta mis oídos, perturbando así la sosegada calma que reinaba en mi habitación, y obligándome a cerrar las ventanas, lo que impedía que esta se ventilara. No lograba entender como la mayoría de la gente podía preferir estar ahí fuera en vez de quedarse en casa tranquilamente, disfrutando de una buena película o de cualquiera de las ventajas que internet nos puede ofrecer de forma gratuita. Quizás, si lo hubiera entendido en aquel momento, ahora no estaría inmerso en esta situación, pero ya de nada sirven las lamentaciones.

El caso es que el día transcurrió sin novedad alguna, por lo menos que yo recuerde, pero, al caer la noche, todo cambió. Literalmente me había tirado todo el día delante del ordenador, unas catorce horas aproximadamente, puesto que había empezado a las nueve de la mañana y me encontraba con que mi reloj de pulsera marcaba las once menos cuarto de la noche, y, en todo ese tiempo, solo alguna pausa puntual para comer o para ir al lavabo había interrumpido mi actividad en el mundo virtual. Los ojos me ardían a causa de las muchas horas frente a la pantalla y, víctima del cansancio, me dedicaba a deambular por la red sin rumbo fijo con la esperanza de encontrar algo que me entretuviera, puesto que de ninguna manera tenía pensado acostarme antes de la una o las dos de la madrugada. Y fue así que, navegando por múltiples webs de extraño contenido y pinchando en numerosos enlaces, por fin di con una página que captó todo mi interés.

La página era más bien tirando a simple, sin juegos ni videos, ni siquiera una mísera imagen, pero lo que verdaderamente me llamó la atención fue que, exactamente en su centro, y sin motivo aparente, había un pequeño rectángulo con una etiqueta encima que rezaba: “Inserte contraseña”. Debajo, un texto relativamente corto escrito en letras color rojo sangre incrementaba el aire misterioso de la web, aumentando a su vez mi curiosidad. El texto explicaba que la web solo estaría abierta por un tiempo limitado, y que su propósito era mostrar al mundo la verdad sobre internet, desvelando así su verdadera función.

Decía que, si había conseguido llegar hasta ahí, lo único que tenía que hacer era averiguar la contraseña, la cual contaba con un número indefinido de dígitos, y que, una vez introducida esta, y si era la correcta, sería reconducido a la página principal de Google, y posteriormente infiltrado en su servidor interno. Como es de suponer, no les di ni el más mínimo crédito a estas palabras pero, como no tenía nada mejor en lo que emplear mi tiempo, me dispuse a deducir la contraseña y, utilizando un programa que yo mismo había diseñado, conseguí piratearla fácilmente en pocos minutos.

Lo que ocurrió a continuación me dejó totalmente atónito. Ante mi asombro, y en contra de lo que me esperaba, efectivamente fui enviado a la página de inicio de Google, tras lo cual, súbitamente, la pantalla de mi ordenador se fundió en negro. Permaneció así durante un minuto y, cuando ya iba a reiniciarlo, volvió a funcionar, pero esta vez no me hallaba en la web de inicio, ni en ninguna otra que yo conociera. Estaba en una pestaña de fondo marrón, en cuya

esquina superior izquierda se podía leer claramente en caracteres de un color blanco intenso: “Red interna”, y por la cual circulaban desordenadamente incontables nombres. Cada uno iba asociado a miles de datos y, cuando logré dejar mi perplejidad a un lado, hice clic en uno al azar. Al instante, tuve acceso a toda la información posible sobre esa persona, hasta el más minúsculo detalle.

Cosas como donde vivía, a que se dedicaba, donde trabajaba, si tenía familia, a qué hora solía volver a casa, las webs que visitaba, etc... E incluso, y mis ojos no podían creer lo que veían, me era posible saber su geolocalización en ese preciso instante, triangulada mediante su teléfono móvil, y también se me permitía infiltrarme en cualquiera de sus dispositivos electrónicos, siempre que estos hubieran estado alguna vez conectados a la red. Salí de ese perfil y, siguiendo una corazonada, introduje mi nombre y apellidos, acompañados de la zona en la que residía, en un pequeño buscador que había en la esquina superior derecha de la pestaña. Tal y como me temía, y confirmando mi corazonada, allí estaban todos mis datos, desde el más importante hasta el más insignificante, junto con mi geolocalización por supuesto.

Todo estaba allí. Sobrecogido, continué revisando mi perfil durante cerca de media hora y, cuando por fin estaba asimilando lo que acababa de descubrir, todo se oscureció. Un apagón. Ligeramente asustado, y todavía muy confuso, me dispuse a coger mi linterna y a salir de mi habitación en busca de la caja de fusibles, a fin de arreglar el problema.

Un silencio sepulcral reinaba en la casa, como presagiando que algo malo iba a ocurrir. Y así fue. Cuando me estaba aproximando a la anteriormente mencionada caja de fusibles, que estaba situada en la entrada de la casa, y de forma repentina, la puerta se abrió estrepitosamente, y tres hombres altos y fornidos, vestidos de traje negro y con los rostros cubiertos, me rodearon.

No tuve tiempo de reacción. En cuestión de segundos unos vigorosos brazos me rodearon, mientras que un objeto duro y metálico impactaba contra mi cabeza. Lo último que recuerdo antes de desmayarme es que, al dejar caer mi linterna, está alumbró fugazmente la insignia de uno de los hombres, en la cual se leía claramente en letras doradas: FBI. Al despertarme, no sé exactamente cuánto tiempo más tarde, me hallaba tumbado boca arriba en el frío suelo de una sucia celda.

Desgraciadamente, aquí sigo a día de hoy. No soy consciente de si ha pasado un mes o un año, o incluso más, desde mi encarcelamiento, pero desde luego a mí me ha parecido una eternidad. Por lo menos, en todo este tiempo, he estado investigando sin descanso y, tras mucho indagar y después de hacer miles de preguntas entre los guardias y los prisioneros de las celdas contiguas, al fin he conseguido aclararlo todo. Al parecer, internet está enteramente dirigido por una subdivisión del FBI, permitiéndoles controlar de esta manera las vidas de todo aquel ser humano que tenga acceso a esta red mundial. Cuando alguien descubre lo que internet verdaderamente es, un arma para controlar a las masas, el FBI lo elimina del mapa a fin de que su secreto prevalezca. Sin embargo, hay gente a la que no pueden atrapar, y que se dedica a abrir brechas en su sistema de seguridad, como la que yo supe encontrar y aprovechar mas, desafortunadamente, me detectaron a tiempo, y lograron atraparme.

Hoy era el día en el que iban a eliminarme de una vez por todas pero, cuando nos dirigíamos a la sala de ejecuciones, un compañero, de nombre Carl, ha conseguido zafarse de su carcelero y se ha enzarzado en feroz lucha con los guardias, brindándome la oportunidad para escapar por un

pasillo adyacente. Rápidamente me he ocultado en la primera sala que he encontrado abierta, y ha dado la casualidad de que un ordenador se encontraba en ella, desde donde estoy escribiendo esto. Probablemente muera en pocos minutos, solo es cuestión de tiempo que den conmigo así que, como última voluntad, te pido que difundas mi historia para que la verdad se sepa, pero sé cauteloso, puesto que tú ahora también estás en peligro, ya que si descubren que esto ha llegado a tus manos, irán a por ti.

No dejes que te atrapen y, recuerda: internet no es lo que parece, ni mucho menos.

Ralph.